

LAS VENTANAS DE LAS CASAS



Eran las paredes de las viviendas oídos; hoy son, además de perfectos conductores de las ondas sonoras, altavoces que atruenan a quien está entre ellas.

Eran las ventanas ojos y pulmones. Para respirar aire se abrían las ventanas.

En las fachadas se situaban las ventanas para su lujo, considerando la buena presencia que la casa debía ofrecer a la calle. Y se describían las casas con orgullo señalando, no el número de cuartos de baño, ni la antena colectiva de TV, sino los huecos a la calle de la vivienda propia. Balcones o ventanas, demasiadas veces no oportunamente situados, considerados desde dentro.

Balcones y miradores llegaron en nuestros días a ventanales y terrazas. Pero ahora que todo es distinto en la ciudad, ¿a qué debe pasarse?

Hablo de las ventanas en esta ocasión, no de los balcones, ni de los miradores, ni

de las terrazas. A mí me parecen mucho más importantes las ventanas que ellos tres: terraza, mirador, balcón.

Las ventanas tienen que contar con cuatro elementos imprescindibles para cumplir su misión ventanal. Y con esos cuatro elementos tienen que armonizarse las ventanas, a saber: la fachada de la casa, la pared en que surgen, la habitación que está a su cargo, las personas usuarias de la ventana. Y de todos cuatro, pienso que las ventanas, ante todo, deben tener en cuenta a las personas.

La importancia que para la fachada tienen las ventanas está escrita en granito sobre las fachadas escurialenses. Cualquier explicación dice menos que esta obra famosa. Se tiene la impresión de que si las ventanas del Monasterio desapareciesen, o si se desplazasen de pronto y porque sí, El Escorial cambiaría de clave. Ley análoga rige, a mi entender, para todas las construcciones logradas—bien logradas.

Por su lado que da al interior de la casa, las ventanas son ojos de las paredes. Una pared con la ventana en mal sitio es como un ser mal hecho. A las paredes los arquitectos les tienen que poner las ventanas como Picasso pone los ojos a las cabezas que pinta: allí donde significan lo que han de significar, desde donde ven, y donde tienen de antemano señalado su sitio por razón de la pared en que se abren, y de las demás paredes que cierran la habitación. Poner ventanas a las paredes es cosa difícilísima, creo yo, si juzgo por lo que veo. Parece fácil, como también parece fácil poner ojos al estilo de Picasso. Sin embargo, cuando un seguidor de Picasso decide api-

cassar, y pone ojos a voleo por las caras, se convierten estos ojos en ojos irracionales, y las caras parecen laceradas por extrañas figuras incrustadas en ellas. Cuando una pared tiene mal puesta su ventana, el contemplador no puede menos de pensar que se halla ante el resultado inevitable de un terrible accidente que sin duda se produjo durante la construcción de la pared.

Toda pared tiene unas cuantas ventanas posibles y unas cuantas ventanas imposibles. Y si esta realidad no se respeta...

Recuerdo una casa de campo y mar. Era una casa para mí acertadísima. Por todas sus ventanas las paredes lucían paisaje enmarcado, paisaje de gran belleza, que de haber sido napolitano hubiera estado sujeto a impuesto—tassa di panorama—, pero en nuestro país todavía no tributa la belleza por serlo. Llegamos a una última ventana—también hubiera estado sometida a tassa en Nápoles—, cuando el arquitecto me dijo con voz de angustia: "¿Has visto?" Y sí había visto yo, antes que el paisaje, rota su pared. Aquella ventana tenía calidad de herida. Se la habían abierto a la justísima pared unos fanáticos del panorama, unos ignorantes del comportamiento que debe regir el ajuste entre esos dos elementos esenciales de una casa: ventanas y paredes. Las cuales tienen que cederse mutuamente vano y lienzo con discreto y concertado ritmo.

Las ventanas, además, tienen que ser ventanas de una habitación, tras haber sido abiertas en sus paredes.

Cuando una habitación tiene la debida ventana, entra en vida. La buena ventana crea para la habitación la noche y el día,

y con ello la habitación adquiere un clima ambiental propio. Si la ventana es como debe ser, y está en el sitio debido, entre ella y cuanto alhaja la habitación reina armonía y existe el concierto deseado. La verdad es que no parece posible llevar a una habitación cosa que no concierte con sus ventanas.

Yo veo la importancia de las ventanas, desde el interior consideradas, en este hecho: se puede, a veces, suprimir una puerta en una habitación, o disfrazarla de algo. Es muy difícil que resulte acertada la vitrina que se hace en la ventana, y difícilísimo que la ventana tapiada no angustie la habitación. Y no es que una habitación creada sin ventana no pueda ser gratísima. Es que las puertas responden a claves distintas en la vivienda.

En fin, las ventanas son para las personas. Son frontera abierta por la que limitamos con el espacio. Las personas necesitamos para vivir ventanas.

A lo largo del tiempo, las ventanas han sido como debían ser—las buenas, bien hechas ventanas—. Pero, en la ciudad, las ventanas no han sido puestas al día—tampoco ellas—. Necesitamos unas ventanas completamente distintas a las que se han hecho hasta ahora, y aún se siguen haciendo construcciones adelante. Hay que considerar que, hasta ahora, las ventanas servían para la función de ventilar las casas. Ahora que el aire es tóxico—y lo será mucho más en breve y sin remedio en la ciudad—, las ventanas tienen que impedir el paso del aire exterior al interior de las viviendas. Los encargados de ventilar son miembros del equipo mecánico que humedece, saca humos, refresca, calienta, perfuma si se desea el interior de la casa, etc.

Hasta ahora, las gruesas lunas de las ventanas mejores eran defensa suficiente contra los ruidos de la ciudad. Y protegían a la ciudad contra los ruidos caseros—la castiza bronca, las escalas de los pianos, chillidos, portazos y demás flores sonoras—. Pero ya no bastan nuestras ventanas usuales para crear silencio en la casa ni para cerrar en cada vivienda el caudal de ruido que mana de aparatos y personas conjuntamente. Será preciso que en la ciudad todas las casas tengan ventanas de Hotel de Aeropuerto.

Antaño, por ciertas ventanas salía cuanto en la casa sobraba—"aguavá", polvo de

zorros, papeles, basura infinita...—. La frase ofensiva "Vas a salir por la ventana" lo es no porque sea amenaza de muerte incierta o de fractura cierta, sino porque sitúa al adversario entre las cosas indeseables en casa, por ser basura.

Hoy se pide a las ventanas que sean garantía de la conservación en la vivienda de clima respirable, de cierto silencio pacificador de las gentes, todas las personas enervadas sin culpa por la vida de la ciudad.

¿Vamos hacia las casas sin ventanas, como son ya los grandes almacenes, por ejemplo?

Si vamos o no, yo lo ignoro. Pero no deberíamos ir.

Las ventanas nos dejan ver y nos dicen que es posible tener el exterior en nuestros interiores. Nos hacen falta en su nueva forma: claras, con visibilidad. Quienes disponen los conjuntos de viviendas, cuando tienen buena ciencia arquitectónica y conciencia humanizada, crean en torno exteriores gratos de ver desde el interior. Y los crean por mil modos. A veces, arquitecturas justas, sin más. A veces, ámbitos intermedios con vegetales. A veces, grandes pasillos exteriores, ajardinados por obra de la cajonera y el tiesto, impiden a las ventanas dar directamente sobre angustiosa aglomeración frontera de más ventanas. A veces..., ya se sabe que los modos de crear situaciones gratas para los habitantes de las viviendas son tan varios como la imaginación creadora de los arquitectos.

Tan importante es la creación de ámbitos exteriores, visibles desde las ventanas, que... Para mí es histórico suceso, por desgracia, mi último paseo con Pedro Salinas por Nueva York. Fuimos a ver cómo se encontraban las aristas de los rascacielos con el cielo; primero desde avenidas y calles; luego subimos a muchos pisos distintos de muchas oficinas sin más razón que asomarnos a una ventana del piso ocho, y a otra del... Fue un paseo en busca de paisaje exterior desde dentro.

Vuelvo a la posibilidad de las casas sin ventanas. Y me parecen peligrosas estas casas, porque en su interior se crean climas ficticios. Cervantes, claro está, sabía todo cuanto al sentir del hombre ataño. Por eso construyó como construyó la casa de Carrizales, el celoso extremeño. Casi sin agujero alguno. Carrizales "compró una [casa] en doce mil ducados en un barrio

principal de la ciudad, que tenía agua de pie y jardín con muchos naranjos; cerró todas las ventanas que miraban a la calle, y dióles vista al cielo".

La casa en que el celoso encierra a su comprada mujer-niña, Leonora, es todavía más ciega, porque él vio, "pasando un día por una calle..., a una ventana puesta una doncella, al parecer de edad de trece a catorce años...". Casa celosa, cerrada, en que el juego que es al pronto ágil farsa, se entenebrece hasta ser tragedia, sin perder su calidad de esperpento. La casa sin ventanas, el viejo sin honra, el amante sin brío, y el negro sin su música...

Usamos las ventanas para ensanchar el ámbito habitado por nosotros. Y queremos, tras las ventanas, interior intimidad.

Las ventanas nuevas tienen que ser distintas a como fueron, pero luminosas, brillantes y limpiables en su transparencia. Deberían ser mejor defendidas, y sacadas de la situación en que se hallan miles y miles de ventanas de la ciudad. Porque están afeadas hacia el exterior debido a la incrustación de aparatos refrigerantes. Hacia el interior resultan demasiadas veces opacas o manchadas muy mal. Ventanas absurdas, inlimpiables por fuera.

Cada cual usa las ventanas para lo que mejor le cuadra. Hay ocasiones en que un arquitecto toma la ventana por clave de construcción—y bien hace—. Apenas llega al terreno, alza al aire su ventana y traza la casa a partir de ella y para que ella adquiera realidad construida. Por lo demás, es lo mismo hacerle una casa a una ventana que un hotel a un árbol—como el Beverly de los Angeles, que tiene en su centro un maravilloso árbol—o que un vestido a un cinturón...

Nadie sabe el valor de una ventana hasta que la pierde.

Que por mayo era, por mayo, cuando los grandes
[calores,
cuando los enamorados van servir a sus amores,
sino yo, triste, mezquino, que yago en estas prisiones,
ni sé cuándo es de día ni menos cuándo es de noche,
sino por una avecilla que me cantaba al albor;
matómela un ballestero: ¡déle Dios mal galardón!

Como la avecilla canora, puede ser la ventana en la vida de un ser humano. Las casas las usamos para vivirlas. Y la vida necesita también ventanas. Más que grandes, más que abundantes, bien puestas, en armonía total.